

Juan Ignacio Pisano

El viento de la pampa los vio

Novela



Baltasara Editora

papel higiénico y, en silencio, se masturba.

A la hora del atardecer el cielo ya está despejado. Hilario aprovecha y saca a Moreira del galpón. Sale a andar. Va despacio, porque la lluvia fue intensa mientras duró y el pasto de la banquina no está fácil de transitar. Deja que Moreira coma, mastique algo. Así, mientras el animal se alimenta, él saca de la mochila su cuaderno y, sin bajarse, anota algunas cosas. Luego lo guarda y vuelven.

En la puerta de la casa está Julia, parada.

—¿Y Amalia? —dice Hilario.

—Está cambiando a la nena.

Hilario se baja del caballo y lo ata a un árbol en un lugar con abundantes pastizales.

—Para que coma un poco, después lo guardo.

Julia se acerca a Moreira, lo acaricia. El animal se deja hacer, mueve la cola.

—¿Querés montarlo un rato?

—Dale, pero hoy no ¿Mañana podrá ser?

Julia se despierta antes que todos. Sale del sótano. Va al baño y se lava los dientes, la cara, las manos. Pasa por la cocina, agarra una botellita de agua, un paquete de galletitas y sale de la casa. Se pone la pistola a la cintura. Es temprano, no más de siete y media. El sol es agradable. Julia va hacia el gal-

pón, desata a Moreira.

—Buen día —dice.

Moreira le responde con un relincho mínimo. Julia lo saca tirando de las riendas. Se sube. La montura le resulta cómoda. Lo talonea y Moreira sale. Cabalga por el asfalto. Le gusta sentir el ruido de las herraduras contra el material en medio del silencio de la mañana. Va hacia el lado del Océano. Despacio, al principio, mientras ella toma un poco de agua y come un par de galletitas. Cuando siente que el estómago ya guarda lo suficiente, golpea con fuerza contra el cuerpo del animal y salen al galope.

Amalia sale del sótano con Mara. Pone a calentar agua para el mate y para la leche de su hija. La acuesta sobre la mesa. Le saca el pañal usado. Es una suerte, piensa, que Julia vendiera pañales en su mercado. Si no hubiera tenido que seguir usando toallas. Lavar esos excrementos, por más que fueran de su hija, no le hacía ninguna gracia. En ese momento aparece Hilario.

—Buen día —dice, besa a su esposa en la frente y se aleja abanicando con la mano.- Parece que la nena comió bien anoche.

—Fíjate el agua, que no hierva.

Hilario apaga la hornalla y va al baño. Amalia termina de cambiar a su hija. La deja ahí acostada, mientras pone la

leche en polvo en la mamadera, agrega agua y bate. Hilario reaparece.

—Hoy me desperté con ganas de hablar con mi vieja.

Si pudiéramos cargar el celular para probar llamar —dice Amalia y mira hacia todos lados, buscando un enchufe.

—Ya vamos a poder probar, no te preocupes.

Hilario besa a Amalia en la frente. Ella le deja a Mara en brazos y se para a tirar el pañal usado en una bolsa.

—¿Y Julia? —dice Hilario.

—Ayer me preguntó si podía ir a pasear con Moreira.

Seguro que se fue a dar una vuelta.

—No sabía que le gustaran los caballos.

—Yo tampoco.

Julia detiene a Moreira. Ve, en la banquina, a dos ancianos tirados sobre el pasto con un tiro en la cabeza cada uno. Junto a ellos, las partes del asiento ensangrentado de un auto y una sillita de bebé. Llevan puestas remeras de Puerto Pirámides. No hubiera pensado que el terror de los paisanos y su capataz llegara para este lado. Los viejos están bastante descompuestos y largan un olor fétido. Algunos gusanos entran y salen por diferentes lugares de los cuerpos. Se aleja, un poco, y vuelve a frenar. Toma agua. El sol ya es fuerte. Decide volver.

Julia entra a la casa. Agitada. Casi no puede hablar.

—No hagan ruido.

Le señala la puerta del sótano a Amalia. Hilario las ve hacer. Hay entre ellas una afinidad casi espontánea, natural. Julia señala la ventana a Hilario. Se acercan y miran. Todo es silencio. Un leve lloriqueo de Mara lo interrumpe. Pero vuelve, y se instala otra vez. Silencio. La tierra, de golpe, empieza a vibrar.

—¿Zombis? —susurra Hilario, casi intentando que ella le lea los labios.

Julia niega con la cabeza. Señala la ruta, le pide a Hilario que observe. La vibración de la tierra se vuelve más contundente, y de un momento a otro se apacigua. Aparece, desde el lado de la ruta que va al Atlántico, un hombre muy mayor, bien gaucho piensa Hilario, pero se retracta: bien estanciero. Lleva puestas botas de cuero con espuelas, cinturón con arreglos de plata, un cuenta ganado, cuchillo con mango y funda de plata o alpaca, sombrero de alas anchas negro con un detalle de cuero trenzado, camisa bordó y pañuelo al cuello, fusta en mano. El caballo en el que monta es impecable: un tordillo bien blanco, las crines y el pelo brillan, la montura es una belleza. El estanciero se detiene, mira a su alrededor pero sobre todo se enfoca en la estación de servicios, gira al animal que obedece, dócil. Con la fusta hace una seña hacia alguien que no entra dentro del campo visual de Hilario. Al movimiento del brazo le sigue la aparición de tres hombres vestidos de jugadores de polo. Llevan el gorro, el taco. También se ven im-

pecables, pulcros. Detrás de ellos aparecen unos gauchos atados por las manos. Forman una fila india, uno detrás del otro. Deben ser unos diez, o doce. Hilario los observa en detalle: tienen la mirada perdida, el rostro neutro, los pies se arrastran con torpeza. Tres de ellos se desprenden y encaran hacia la estación de servicios. El viejo hace un leve movimiento de cabeza, como un gesto afirmativo que se queda a medio camino. Los jugadores de polo se abalanzan sobre ese grupo descarriado. La performance de los polistas es notable, piensa Hilario: con un pequeño movimiento de las piernas los caballos salen al trote; entonces ellos miden, tantean, se acercan y embisten. Las cabezas de los tres gauchos descarriados ruedan por la ruta. Los cuerpos quedan tendidos en el lugar. Los polistas vuelven a reunirse con el viejo. Ahora éste chifla, muy fuerte, sin llevar los dedos a la boca. Aparece, en ese momento, un grupo de no menos de treinta paisanos (que Hilario no había visto porque, al igual que los polistas, vienen del sentido de la ruta que queda fuera del campo visual que la ventana les brinda). Paisanos, recuerda Hilario la descripción de Julia, o gauchos bien rotos, bien siglo XIX, bien de frontera y guerra contra el indio. El estanciero hace un movimiento en redondo con el brazo, la fusta gira como si se tratara de las hélices de un helicóptero y pega un grito. Julia toma del brazo a Hilario y lo lleva hacia el sótano. Se meten rápido y ella, desde adentro, introduce la manija (que, como Hilario ya sabe, de

afuera no puede verse, no puede adivinarse que ahí, detrás de la madera del suelo, se esconde el ingreso a un cuarto secreto). Una leve luz ingresa desde dos respiraderos, a los que Hilario nunca había prestado atención. Supone que, por la posición que ocupan en el sótano, uno da a la calle y el otro al fondo de la casa. La tierra tiembla con las pisadas de los caballos. Retumba, y ese sonido a percusión pampeana se agiganta ahí adentro, bajo tierra. Aumenta y aumenta hasta que se apacigua, parcialmente. Pero lo que se detuvo fue el movimiento de dos caballos al andar, que frenan en la puerta de la casa de Julia. Cerca, quizás en torno a otras casas, el temblor continúa. Ella anuncia con un leve sshh la posibilidad del peligro y una necesidad de silencio y calma. Dos golpes potentes señalan la caída de la puerta y los pasos que le siguen (son golpes fuertes pero suavizados por algo como una tela, un cuero blando, e Hilario imagina botas de potro en los pies de los intrusos). Golpes y más golpes contra la madera del suelo son el eco de un destrozo evidente. Hilario con un brazo contiene a Amalia que tiembla y con la mano libre mantiene el chupete en la boca de su hija. Los paisanos buscan, hurgan.

—Revise, compadre, revise. Alguien se llevó las cosas. ¿O usted vio una lata de alberjas caminando sola alguna vez?

Mara quiere desprenderse. Hilario arrebató a su hija de los brazos de Amalia y la silenció con la palma de la mano contra la boca.

—El patrón dijo que todos tenemos que ser parte de la reconstrucción de la raza. No sea blandito, busque.

Hilario siente vergüenza de sí mismo y dolor por su hija que apenas puede, si puede, respirar por algún resquicio de la nariz. La búsqueda de los gauchos malevos concluye, tal vez encuentran algo, y se van. La percusión de las herraduras contra el piso de la entrada a la casa indican la partida. Hilario afloja, y Mara rompe en llanto. A la voz de la bebé ya no la acompaña ningún golpeteo. Hilario deja a su hija en brazos de Amalia. Agarra su pistola, va hacia la puerta. Amalia lo toma del brazo.

—¡Quedate acá!

—Se dieron cuenta por la comida que nos llevamos de mi mercado.

—El punto es que no es seguro quedarnos acá con esa gente volviendo. Menos ahora que saben que estamos en algún lugar del pueblo.

—Pensemos: acá estamos seguros —dice Amalia. — Hay comida. No tienen idea de que hay un sótano en esta casa. Y, de última, tenemos armas.

Hilario toma un mate y lo devuelve a Julia. Agarra un bizcochito del paquete que está sobre la mesa y mastica. Sin tragar, habla.

—Tarde o temprano nos van a encontrar. Tenemos